
Homilía 100 años de la Pascua de Cagliero

Catedral de Viedma, sábado 28 de febrero de 2026

Muchas gracias, querido Esteban, por darme la posibilidad en nombre de todos mis hermanos salesianos de estar justo aquí en este día, 100 años después de la pascua de Juan Cagliero, para dar gracias a Dios por todo lo que nos regaló en la generosidad de este paisano de Don Bosco que sembró la semilla del Evangelio en esta bendita tierra patagónica.

La Palabra de hoy, que siempre ilumina el camino, nos ayuda a contemplar la realidad desde una perspectiva nueva: Cuando a Pedro se le ocurre decir, en medio de la escena de la transfiguración “Qué bien estamos aquí, hagamos tres carpas”, enseguida Jesús lo espabila y lo hace bajar de la montaña indicándole que, para llegar a esa plenitud, hace falta abrazar un camino de entrega y de cruz. En otras palabras, le dice que, si no sale de su zona de confort, si no arriesga, si no se lanza de veras con todas sus fuerzas a vivir desde la voluntad del Padre, su fe no será fecunda ni misionera. Pablo también le recuerda a Timoteo que lo ha dado todo, por amor a los suyos, para que se encuentren con Cristo. En una palabra: que la misión exige entrega constante, corazón ardiente, poco cálculo y mucha generosidad.

Y podemos decir hoy, al pie de la tumba de Juan Cagliero, que estamos ante un gran misionero que se tomó en serio la invitación de Jesús de anunciarlo hasta los confines del mundo, dejándolo todo por Él y su Palabra.

Desde noviembre de 1851, cuando se cruzó con don Bosco en Castelnuovo (el pueblito donde nacieron los dos) hasta noviembre de 1875, cuando encabeza la primera expedición misionera, Juan fue dejando poco a poco su “zona de confort” y se arriesgó a ir más allá. Manifiesta de entrada su deseo de entregarse a Dios. Don Bosco lo invita al Oratorio y desde allí comienza un camino de acompañamiento que suma al ambiente educativo pastoral una fuerte experiencia de compromiso que se manifiesta en la ayuda que le pide a él junto a otros jóvenes para asistir a los enfermos por la epidemia del cólera.

Tres años después del primer encuentro (1854) don Bosco lo invita a formar parte de un grupo del que posteriormente nacerán los primeros 17 salesianos que harán su primera promesa de vivir a fondo la caridad al servicio de los jóvenes en diciembre de 1859.

Tres años después del nacimiento de la congregación se ordena de sacerdote (1862) y se convierte en una de las columnas del oratorio. En 1871, cuando don Bosco comienza a desplegar su sueño misionero, recuerda la visión que tuvo cuando Cagliero casi muere de tifus, piensa en él desde el inicio, como parte imprescindible de este sueño.

Así, el 11 de noviembre de 1875, 25 años después del primer encuentro con Don Bosco, parte de la iglesia de María Auxiliadora, presidiendo la primera expedición misionera salesiana que llegaría a nuestras tierras. Justo acabamos de celebrar los 150 años de ese día, con un lema sugerente que hoy también queremos hacer realidad: Dar gracias, repensar y relanzar.

En los tres primeros años que está en Argentina, Cagliero organiza la misión, dispone la apertura de las primeras cinco casas salesianas y deja todo preparado para el ingreso en la Patagonia, la tierra soñada.

Regresa para el primer Capítulo General Salesiano y es elegido como catequista general, encargado de animar la mística y espiritualidad de la congregación.

Seis años después (1883) es designado Vicario Apostólico de la Patagonia Norte. En diciembre de 1884 es consagrado Obispo y llega nuevamente a esta tierra en julio de 1885 para iniciar su servicio pastoral en la Iglesia de Carmen de Patagones que tan bien le había preparado Fagnano, del otro lado de este río Negro.

Lo primero que hace Cagliero es organizar las misiones: algunas de pocos días en las que va a caballo y en 1886 organiza la gran misión de Chichinales donde está por más de tres meses recorriendo la extensa geografía pastoral a él confiada llegando hasta Chile, donde acompaña la primera fundación salesiana en 1887, a la vez que Fagnano llega a Punta Arenas, para asumir la prefectura apostólica de la Patagonia Austral.

Luego, movido por la intuición, parte para Turín para acompañar a don Bosco en su lecho de muerte. Regresa en 1889 y ese año traslada la sede del vicariato aquí, a Viedma, desde donde continúa consolidando la iglesia local de estos pagos. En 1896 a pedido del arzobispo de Buenos Aires acepta también acompañar las misiones en La Pampa.

A esto se suma el haber acompañado el nacimiento de las misiones salesianas en Uruguay (1877) y, posteriormente, en Brasil (junto a Mons. Lasagna). A su vez, envía al P. Riccardi, quien con otros salesianos comenzará la presencia salesiana en el Perú (1891). Más tarde, por encargo del Papa, acompañará de cerca la Iglesia en Centro América.

En 1904 es llamado a Roma por el Papa Pío X, donde comienza su tiempo de visitador apostólico por Italia y, posteriormente, es enviado como delegado apostólico a Centro América por ocho años (1908 a 1915). En 1915 es creado cardenal por Benedicto XV y desde ese momento acompaña a cuatro congregaciones de la curia. Posteriormente asume como Obispo de Frascati (1920). Muere en Roma, un día como hoy, 28 de febrero de 1926, justo cien años atrás. Por último, el 14 de mayo de 1964 es traído hacia esta, su patria misionera y “sembrado” en esta Iglesia local, donde hoy nos encontramos.

A la luz de estas pinceladas vitales, podemos asomarnos a algunas de las características esenciales de la fisonomía de Juan Cagliero:

- Una vida intensa, marcada por el dinamismo misionero que se atrevió a darlo todo y atravesar todos los sacrificios necesarios para que la Palabra llegara hasta los confines de la tierra.
- Una vida marcada por la paternidad, la profundidad espiritual y la generosidad que no dejaba de expresarse constantemente en iniciativas creativas. Lo que hoy llamamos una verdadera interioridad apostólica.
- Una vida que nos sacude, que nos invita a dejar nuestra zona de confort y ser auténticos discípulos en salida misionera (como tanto nos insistió el querido Francisco) a fin de despertar al mundo, de ayudarnos a romper con la cultura de la indiferencia y hasta la crueldad, a hacernos cargo verdaderamente de los últimos, a ser la Iglesia pobre para los pobres.

Recordar hoy a Juan Cagliero no es un ejercicio de memoria del pasado, sino un recuerdo que reaviva la invitación a entregarlo todo por una misión que vale la pena, que se juega por la dignidad de cada persona, que promueve la verdadera transformación integral, esa que nace del sueño más profundo por el que Jesús lo dio todo: El Reino. De hecho, la lápida que está aquí remarca precisamente que lo que lo movió a Juan Cagliero, por sobre todas las cosas, fue el **ARDOR POR LA EXPANSIÓN DEL REINO**.

¡Que también nosotros podamos honrar su memoria desde un renovado compromiso que relance nuestra misión en esta querida Patagonia y en todo el mundo!

P. Manuel Cayo, sdb